

LA RUSIA DE PUTIN ANTE LA TRANSICION DEL ORDEN MUNDIAL

El presente trabajo, lejos de recostarse en la mirada realista o neorrealista sobre Rusia, intenta indagar acerca de las interpretaciones sesgadas que se han ido construyendo sobre el liderazgo de aquél país, de tal modo, de construir un Estado revisionista del orden internacional y amenazante para la paz mundial.

Mayoritariamente, a la Rusia que comenzó el nuevo milenio, bajo el liderazgo de Vladimir Putin, se la ha juzgado desde ópticas afines al neoidealismo liberal. Así, se ha cuestionado el tipo de democracia iliberal que ha exhibido en estas dos décadas y derivado de ello, se ha evaluado su conducta en política exterior, en términos de un neoimperialismo solapado, tanto en su región de influencia como fuera de ella, coherente con la agresividad de la ex URSS. El ciberespionaje le permite intervenir de manera encubierta también en las elecciones occidentales, aumentando la amenaza de candidatos populistas o *antiestablishment*. Dicha interpretación coincide con un orden internacional que decididamente se orienta hacia una nueva Guerra Fría o al menos, "*pax caliente*", donde Rusia es una de las potencias que pretenden recrear las condiciones previas a 1991. Nuestro "*paper*" buscará demostrar algunas hipótesis diferentes. Por ejemplo, cómo la Rusia de Putin ha aceptado las reglas de juego del orden internacional liberal y ha logrado sacar ventaja de ello, pudiendo atravesar la larga y dificultosa transición postoviética, en paz y con su territorio integrado. Al mismo tiempo, cómo no necesariamente hay una traslación de su régimen político democrático en transición tras siglos de cultura e historia despótica hacia su política exterior, que lejos de ser agresiva, sólo intenta privilegiar la defensa de sus intereses nacionales, actuando en la mayoría de los casos, de modo reactivo o a la defensiva. Finalmente, cómo el putinismo ha podido construir una identidad sustentada en valores propios, más bien conservadores, caros a su civilización particular, pero a menudo contrastantes con la postmodernidad occidentalista.

Palabras clave: *Rusia – orden global - transición*

El presente trabajo plantea la necesidad de describir por un lado, la actual transición en el orden global y a posteriori, cómo la elite rusa la interpreta en general y en función de ello, hacia dónde y cómo propone insertar el país, a sabiendas de que todo comportamiento disruptivo o confrontativo con "Occidente" se torna costoso e inútil.

Cabe subrayar que mayoritariamente, a la Rusia que comenzó el nuevo milenio, bajo el liderazgo de Vladimir Putin, se la ha juzgado desde ópticas afines al neoidealismo liberal. Así, se ha cuestionado el tipo de democracia iliberal que ha exhibido en estas dos décadas

y derivado de ello, se ha evaluado su conducta en política exterior, en términos de un neoimperialismo solapado, tanto en su región de influencia como fuera de ella, coherente con la agresividad de la ex URSS. El ciberespionaje le permite intervenir de manera encubierta también en las elecciones occidentales, aumentando la amenaza de candidatos populistas o *antiestablishment*.

Hoy, dicha mirada coincide con un orden internacional que decididamente se orienta hacia una nueva Guerra Fría o al menos, "pax caliente", donde Rusia es una de las potencias que pretenden recrear las condiciones previas a 1991.

Sin embargo, a poco de analizar más concienzudamente dicho argumentos, nos encontramos con el carácter falaz de los mismos. Se comprueba que a lo largo de dos décadas, la Rusia de Putin ha aceptado las reglas de juego del orden internacional liberal y ha logrado sacar ventaja de ello, pudiendo atravesar la larga y dificultosa transición postsoviética, en paz y con su territorio integrado.

Al mismo tiempo, como en otros momentos y actores nacionales de la historia, no necesariamente hay una traslación de su régimen político democrático en transición tras siglos de cultura e historia despótica hacia su política exterior, que lejos de ser agresiva, sólo intenta privilegiar la defensa de sus intereses nacionales, actuando en la mayoría de los casos, de modo reactivo o a la defensiva.

Finalmente, cómo el putinismo ha podido construir una identidad sustentada en valores propios, más bien conservadores, caros a su civilización particular, pero a menudo contrastantes con la postmodernidad occidentalista. La influencia de la Iglesia Ortodoxa

rusa y todo el pensamiento eurasianista son fuertemente gravitantes en el ámbito intelectual pero también en el militar y burocrático, por lo que Rusia ha construido una imagen de civilización singular y única que Putin, sin embargo, trata de no tornarla incompatible con el resto de las civilizaciones del globo.

El presente trabajo plantea entonces la necesidad de describir por un lado, la actual transición en el orden global, donde Rusia no debe ser vista como disruptiva o absolutamente crítica y a posteriori, indagará cómo la elite rusa visualiza e interpreta tal transición en general y en función de ello, hacia dónde y cómo propone insertar el país, a sabiendas de que todo comportamiento disruptivo o confrontativo con “Occidente” se torna costoso e inútil.

Siguiendo una lógica contructivista, analizaremos desde las tres visiones de la elite rusa –la liberal occidentalista, la putinista y la civilizacionista-, cómo Rusia deben insertarse en el mundo, mientras transita reposicionada la segunda década del nuevo milenio.

La transición del orden global

Recientes fenómenos como el Brexit (2016), el ascenso de Trump al poder norteamericano y la “amenaza” comercial china, han avivado los debates acerca de las condiciones, los procesos y los resultados que surgen de la gradual desaparición del viejo orden internacional y el origen de uno nuevo.

Varios autores como Stuenkel, Bremmer e Ikenberry, entre otros, se han dedicado a escribir trabajos que hacen hincapié en tal

transición compleja. Lo es porque detona varios cambios simultáneos, cuya naturaleza, habrá que indagarla, es de carácter estructural o no. Un creciente desastre global, causado por el colapso de las instituciones internacionales creadas después de la II Guerra Mundial y cuyo impacto más elocuente es la guerra comercial iniciada entre China y Estados Unidos; una tensión militar permanente, por colisión de intereses geopolíticos en Ucrania, pasando por Siria y llegando a Venezuela, entre Rusia y, de nuevo, el *hegemón* norteamericano, lo cual se traduciría en una nueva “Guerra Fría” o “*pax* caliente”; una gradual estabilización en un nuevo mundo bipolar o multipolar; la preservación o decadencia de la dominación americana, aunque bajo otras modalidades, diferentes a las tradicionales (Tsygankov, 2019 :53) (Bremmer, 2018) (Stuenkel, 2016) (Ikenberry, 2014).

La transición mundial post-Washington debe ser analizada en el contexto de estudios teóricos similares, enfocados en las viejas transiciones, como la etapa previa al post-Viena (primera década del siglo XIX), post-París (últimas dos décadas del siglo XIX), post-Versalles (fines de 1918) y post-Yalta (1945) y sus respectivas experiencias históricas.

Otra conclusión previa es la constatación palpable de que la transición post-Washington es irreversible aunque pueda demorar más tiempo que las anteriores, incluso extendiéndose más allá de 2050. En ese sentido, es lógico suponer y esperar que cada Estado, tenga que repensar su propia estrategia de lucha por la supervivencia y desarrollo. China, India y otras potencias en ascenso tendrán que ser más activas en construir un orden económico, político y militar alternativo al que se va desgajando

hoy, más allá del alcance de la influencia económica norteamericana. Entre todos, se deberá aprender a coexistir evitando mutuamente conflictos mientras se compite por nuevas oportunidades a escala global.

Un orden mundial implica la adhesión y legitimidad de un determinado balance de poder, tanto desde una perspectiva realista o neorrealista, que hace hincapié en quiénes y para qué ejercen aquellas capacidades materiales, como desde un ángulo constructivista que apela al reconocimiento de ideas o creencias que sustenten el factor anterior. Toda transición se inicia cuando empieza a desmoronarse tal consenso a partir de que ciertas potencias comienzan a sentirse incómodas, limitadas y hasta inseguras, por el *corsé* impuesto o acordado. Obviamente, la reacción de las potencias *statuquistas* será siempre la misma, de autoconfianza: las dificultades son transitorias y los temores de las nuevas, son exagerados. Tampoco las potencias revisionistas pueden tener las percepciones adecuadas: sobreestiman o subestiman sus capacidades materiales. Los viejos parámetros no sirven en esta instancia (Tsygankov, 2019 :55).

Las guerras que les habían servido a las grandes potencias o al *hegemón* para solventar sus poderes, en algún momento, empiezan a percibirse como más costosas que valiosas o reedituables. Menor cantidad de países se pliegan a los esfuerzos hegemónicos por la actividad militar.

El proceso de destrucción y violencia ya no es atractivo como antes, ni siquiera para la opinión pública del propio *hegemón*. Desde la guerra de Vietnam, pasando por las de Irak y Afganistán, somos

testigos de la descomposición e insuficiencia del poder militar norteamericano, no obstante su notable avance tecnológico. Lo que ellos consideran como “victoria” en la Guerra Fría, en realidad, fue una claudicación no sangrienta de la ex URSS.

La transición mundial que estamos viviendo, presenta tendencias creativas y destructivas, hallándose interrelacionadas. Ella empezó a mitad de la década del 2000 y ha estado ganando relevancia después de una serie de “revoluciones de colores” en Eurasia y Medio Oriente, errores irreparables del liberal “Occidente” y el crecimiento de políticos y sentimientos nacionalistas en el mundo. No obstante que Estados Unidos permanece como una superpotencia militar, somos testigos de un cambio en el poder militar y económico además de un serio debilitamiento de la autoridad política e ideológica de América y “Occidente” en el mundo.

Obviamente, Estados Unidos ya no puede mantener ni mucho menos, imponer en otros países, las reglas del orden mundial, creadas después de la Guerra Fría. Hoy, China, Rusia, Irán y Turquía, entre otros, hace rato ya no están orientados hacia el modelo político norteamericano y persiguen cada vez más, políticas activas tendientes a proteger sus esferas de influencia internacional. Nuevas asociaciones institucionales y plataformas de negociación regional, son creadas activamente sin la participación de Washington. Los viejos aliados y socios de Estados Unidos en Asia, Medio Oriente y Eurasia ahora se posicionan ellos mismos como actores independientes, priorizan su estabilidad regional y establecen relaciones autónomas con países vistos por Estados

Unidos como amenazas a su seguridad nacional y a la paz mundial (Tsygankov, 2019 :62)¹.

Este proceso se ve más complicado a la hora de verificar la influencia de las percepciones de los diferentes actores estatales respecto a la dinámica y efectos de dicha transición global. Mucha gente en China, Rusia y otros países emergentes, tienden a pensar que se aproxima un nuevo mundo porque Estados Unidos se halla en declinación relativa, mientras Europa ha dejado de jugar el rol de un jugador internacional soberano. Estos sentimientos pueden conducir a actitudes de *“wait and see”* y prevenir el establecimiento de instituciones internacionales alternativas y la implementación de reformas domésticas esenciales (Tsygankov, 2019 :63).

Como resulta obvio, la transición post-Washington durará mayor tiempo que las anteriores, incluyendo la transición post-París y podría extenderse más allá de 2050. Esta duración es influida primeramente, por la imposibilidad de una guerra principal fraguada por la aniquilación nuclear mutua y segundo, por la asimetría continua del mundo, en donde es más difícil competir con Estados Unidos, que en condiciones de una multipolaridad real (Tsygankov, 2019 :63).

Aún así, la única forma de sobrevivir en esta transición, pasa por adaptar las condiciones externas e internas a las propias

¹¹ La propia y abrumadora capacidad militar, económica, de información y tecnológica norteamericana es una razón poderosa para que países como China o Rusia y otros, no busquen una guerra a larga escala como un mecanismo para completar la transición global. En su lugar, priorizan presionar a “Occidente” a que revise el orden mundial de Washington, incorporando nuevas reglas, in necesidad de ninguna nueva guerra.

necesidades de cada Estado-Nación para, de ese modo, pretender ejercer alguna influencia importante en el balance de poder y reglas de un futuro orden mundial. El retiro hacia el aislamiento, aún temporario, no es posible hoy debido a la “turbulencia” del mundo global y su apertura relativa.

El tiempo presente requiere de estrategias en las cuales, la firmeza en defender la soberanía podría combinarse con una habilidad flexible para crear algo nuevo y deseable en las esferas políticas, militares, económicas y de información. La implementación de semejantes estrategias requerirá Estados fuertes, creativos y con objetivos focalizados. Debieran ser capaces de ir más allá de la regulación macroeconómica, inversiones en proyectos internacionales óptimos y el apoyo a sectores industriales que son los más promisorios para tal objetivo.

Los países europeos interesados en preservar el viejo orden liberal tendrían la libertad para expandir los horizontes del pensamiento y el cambio internamente, sobre todo desde que el proyecto de la Unión Europea ya no es el garante de la prosperidad interna ni un modelo atractivo a seguir. Es difícil de estimar cuánto puede durar pero su éxito en el futuro, después de 2050, está lejos de ser garantizado. Obviamente, la Unión Europea deberá girar hacia Asia y Eurasia, pero antes, las elites europeas deberán asumir esa realidad y prepararse para ello.

Lo dicho se aplica parcialmente para Estados Unidos, pero sólo si Donald Trump lo concibe como una aberración y si la cúpula del

Partido Demócrata demuestra voluntad para la integración política y económica (Tsygankov, 2019 :64)².

Para alcanzar su objetivo, América necesitará realizar transformaciones internas y una nueva política exterior que no debe estar limitada a las medidas de la presión política y militar y las sanciones económicas, que son los pilares de la política de Trump. Semejantes medidas ya han sido usadas contra Corea del Norte, China, Irán, Europa, Rusia y Latinoamérica. Más allá de la confianza de Washington de que la política asertiva de “*diktat*” será efectiva, estas medidas supondrán un costo enorme en el futuro.

La estrategia de las potencias supuestamente revisionistas debiera combinar medidas de las resistencias asimétricas para llevar a cabo sus intereses más relevantes en el mundo y los esfuerzos activos para construir un orden mundial que sea alternativo al anterior y llevar adelante reformas domésticas adecuadas para ello.

Hoy, la asimetría en la defensa de intereses básicos nacionales es no sólo necesaria pero también bastante posible. Como una vez lo mencionara Otto Von Bismarck, “hay tiempos donde el fuerte es débil por sus escrúpulos y el débil crece fuerte por su audacia”. Hoy, la debilidad es un factor distinguible de no sólo algunos países sino también de algunas organizaciones internacionales del alguna vez unido “Occidente”, lo cual abre oportunidades para China, Rusia y todos aquellos que no quieren retornar a la posición de potencias secundarias (Tsygankov, 2019 :65).

² Lo más probable es lo contrario: la continuación, de un modo u otro, es el lanzamiento del proyecto nacionalista de “Gran Potencia”, todavía financiado por una buena parte de la opinión pública americana y las elites. El proyecto está dirigido a reducir las obligaciones internacionales de Washington, reteniendo su *status* de superpotencia, especialmente en las esferas militar-industrial, energía y tecnología.

La formulación e implementación de semejante estrategia involucrará muchas dificultades, incluyendo el riesgo de confrontar las economías más desarrolladas, la elección de áreas de desarrollo interno, la identificación de proyectos internacionales promisorios y el fortalecimiento administrativo del Estado. La protección de intereses básicos debiera ser mensurada con objetivos creativos de largo plazo, con una perspectiva mayor al 2050.

Países que solían pertenecer al ámbito de influencia global norteamericana, están construyendo sus propias relaciones con China, Rusia y otras potencias revisionistas. Por ejemplo, ellos firman acuerdos contractuales en el área de Defensa, más allá de las protestas de Washington. Aún así, la estrategia incluye dificultades considerables. Su implementación requiere no sólo una fuerte voluntad política, pero también un cierto balance de poder en el mundo y el consentimiento de potencias globales. Ambos factores están faltando hoy. El mundo está siendo testigo en la reconfiguración de mercados globales, sistemas regionales y alianzas político-militares lo cual complica la elección para muchos países.

Cada país afronta un dilema. La transición global ha comenzado y no puede ser revertida. Un nuevo orden mundial se dibuja en el horizonte pero la lucha real está allí adelante. Nuevos temas en la agenda ya son iniciativas planteadas, pero todo dependerá de la voluntad efectiva y la habilidad para tomar decisiones estratégicas. Las alternativas a ello, son el caos y la pérdida de *status* como jugador principal en la política mundial.

Los investigadores de la transición global ya intentan responder muchas cuestiones teóricas importantes, las cuales son parcialmente discutidas en este artículo. Ellas son el balance de poder y la percepción por parte los jugadores internacionales líderes; la naturaleza y el grado de antagonismo entre ideologías y valores; el rol de la política doméstica y, el empleo de nuevos métodos de gobernanza e influencia en la arena de la rivalidad internacional (Tsygankov, 2019 :66).

Las respuestas a estas preguntas debieran ayudar a repensar los marcos y límites tradicionales de la teoría de las relaciones internacionales, que separan a realistas, idealistas y constructivistas.

Pareciera que el mejor factor para entender los procesos presentes y futuros de transición global será un repensar general de los recursos asimétricos disponibles para los actores internacionales, las ideas y las percepciones de los líderes de las grandes potencias y la naturaleza de los procesos políticos internos. Por ejemplo, los investigadores de los recursos del poder y el sistema político internacional deberán reevaluar las categorías de geopolítica, sanciones económicas, propaganda y ciber-tecnologías, entre otras.

Bajo las condiciones de incertidumbre estratégica, la comprensión de los procesos del nuevo orden mundial, desde la posición de polaridad y la estructura del sistema internacional, típico del realismo estructural, no es suficiente y debiera ser complementado con el entendimiento de las nuevas capacidades de los Estados modernos.

Otro factor importante a tener en cuenta, es una nueva comprensión del rol jugado por los líderes de las potencias globales y regionales y sus ideas de un mejor y más justo orden mundial. Desde hace ya años, se ha tornado obsoleta la idea de una competencia global entre Estados Unidos y los otros países occidentales, liberales y con sociedades abiertas de un lado y otros países no occidentales, adherentes a un orden mundial westfalliano en el otro. Debiera ser reemplazada por un entendimiento más flexible y realista de la compleja cooperación ideológica y política y la rivalidad en un mundo donde puede haber alianzas globales de nacionalistas, liberales, populistas de izquierda y derecha y representantes de otros grupos políticos, todos unidos contra una coalición única de líderes occidentales y no occidentales (Tsygankov, 2019 :67).

Un nuevo análisis de las creencias y caracteres de los líderes es también necesario en virtud de su interpretación desde la posición llamada de “racionalidad” en la toma de decisiones y eligiendo estrategias de conducta internacional probadamente falsas. También los investigadores de la transición global, debieran seriamente analizar la subjetividad y el “voluntarismo” de los líderes quienes pueden depararnos sorpresas -agradables y desagradables-.

Finalmente y, como nunca antes en décadas recientes, es relevante subrayar el significado de la política doméstica en los procesos de política internacional. El mundo está viviendo transformaciones nacionales e internacionales profundas, acompañadas de una resignificación ideológica de la habitual o tradicional comprensión del liberalismo, el nacionalismo y otros “ismos” que tienen una

decisiva influencia en el carácter de los líderes y sus elecciones de las estrategias de conducta internacional. La naturaleza y grado de estabilidad política interna de las sociedades y su habilidad para sobrevivir, contener la presión externa y movilizar para resolver cuestiones estratégicas importantes, no es de menor relevancia.

El rol de Rusia en esta transición

Analizando este tema, desde las tres corrientes identitarias que prevalecen en el ideario ruso hace ya mucho tiempo, podemos arribar a algunas conclusiones.

Analicemos primeramente la mirada de la transición global, desde la idea de “Rusia”, identificada con el putinismo. La expone el Profesor Andrei Tsygankov, de la *San Francisco State University*.

Para ella, el mundo cruje pero empezó a hacerlo mucho antes de que por ejemplo, Rusia pretenda imponer sus condiciones al menos en su llamada área de influencia (Georgia, en agosto de 2008 y Ucrania, en marzo de 2014).

Al mismo tiempo, la búsqueda de la identidad rusa está lejos de finalizar y su éxito dependerá de la combinación de resistencia asimétrica, sustentada en los intereses vitales del país en el mundo, esfuerzos activos por construir un nuevo orden mundial y las reformas domésticas requeridas a tales fines.

Ya tempranamente, en los años noventa, mucho antes del comienzo del inicio de esta transición global, con una gran visión, el “Kissinger ruso”, el Ministro de Asuntos Exteriores de la Federación, Yevgueny Primakov, expuso sobre estas oportunidades. En América, en cambio, mucha gente vio y todavía ve, a una Rusia

internamente débil y como una potencia puramente regional, no obstante que ya demostrado con creces, sus considerables capacidades militares y políticas no sólo en Eurasia sino también en Medio Oriente.

La posición rusa respecto al orden mundial de Washington difiere de la alemana, tanto en el sistema de Versalles como el de Yalta. Nadie le impuso ni podría imponer reparaciones o desarme unilateral a Moscú y mucho menos, una división territorial. Incluso la discusión de ello sería imposible. Rusia no fue derrotada en la Guerra Fría: la finalizó junto a “Occidente”, de común acuerdo, sobre la base de una transitoria unidad de intereses.

No obstante, las reglas de Yalta, por las que Moscú esperaba, que sean respetadas, fueron violadas por Washington en muchos aspectos, siendo el más revisionista de las mismas por aquel entonces. Muchos funcionarios de la Administración Clinton veían a Rusia como una potencia derrotada por lo que esperaban someterla a los dictados y las prioridades de la política exterior americana. Ello parecía contrariar lo postulado por ejemplo, por Zbigniew Brzezinski, polaco de origen judío, que siendo un “halcón” de la Administración Carter (1976-1980), recomendaba contener a Rusia, así como el Congreso de Viena a Francia, sin humillarla (Brzezinski, 1992).

En realidad, poca gente en Estados Unidos creía genuinamente que el fin de la Guerra Fría había sido una victoria para ambos bandos. Washington, como la única superpotencia, enfatizó su propaganda global en el principio de la democracia liberal, el único que el *establishment* americano consideraba como aceptable en términos

de legitimidad, en lugar de optar por alcanzar nuevos acuerdos en la delimitación de esferas de responsabilidad y reglas comunes de conducta. Se negoció oralmente la retirada de las tropas del Pacto de Varsovia de Alemania y Europa del Este, incluso la reunificación alemana pero se mantuvo insólitamente la OTAN –luego se amplió. Gorbachov pecó de ingenuo ante Bush (padre), Baker y Kohl, los otros garantes del acuerdo, insisto, no escrito. No hubo pues, ningún “Hoja de Ruta” para el orden mundial posterior (Itzcovich Shiffrinson, 2014).

Rusia fue tratada como si hubiera sido derrotada, al estilo de la Guerra de Crimea en el siglo XIX: privada de gran parte de sus esferas de influencia y soberanía interna. Por el contrario, “Occidente” extendió su gravitación a Europa Oriental, los Balcanes y muchas de las ex Repúblicas soviéticas además de contribuir a las reformas internas de Rusia, con préstamos del FMI y bajo el amparo del llamado “Consenso de Washington”, ajeno a la idiosincrasia económica rusa (Tsygankov, 2019 :59).

Dado que la ex URSS y las potencias occidentales negociaron conjuntamente esferas de influencia en Yalta, muchos en Rusia vieron la decisión norteamericana de expandir la OTAN hacia el este postsoviético como un intento de tomar ventaja de la debilidad rusa y llenar el vacío de seguridad en Europa tras la Guerra Fría. Washington no quiso acordar con Moscú e introdujo nuevas reglas globales *ad hoc* sin concretar ningún acuerdo formal.

Como potencia “derrotada”, Rusia no podía desafiar las prioridades americanas, pero sí aceptar sus intervenciones militares (Golfo Pérsico, Haití, Somalia y ex Yugoslavia), además de la narrativa

liberal de los valores “universales”. Tanto los líderes americanos como europeos, criticaron duramente a sus colegas rusos por la violación de derechos humanos y las políticas internas de “mano dura”, como las practicadas en Chechenia. Semejante argumento típico de un imperialismo moral, era un intento velado de restringir la soberanía rusa en sus asuntos internos, es decir, en la forma institucional que los líderes rusos consideraron apropiado en ese momento, tratando de evitar la disgregación del país.

Entonces, no podía sorprender que Rusia no se demorase en convertirse en el principal revisionista del orden de Washington. Los estudiosos han dejado claro que el reconocimiento del poder por las grandes potencias reduce su asertividad y revisionismo donde la subestimación o el subreconocimiento estimulan la conducta revisionista.

La segunda mirada, la liberal, representada entre otros por el Instituto Carnegie de Moscú, particularmente Dmitri Trenin, si bien reconoce que Rusia ha podido levantar su voz altivamente en las últimas dos décadas, sabiendo proteger sus intereses nacionales, presenta un par de objeciones (Trenin, 2019).

Primeramente, Trenin considera negativo el hecho de que el rumbo de la política exterior haya sido definida por Putin en cenáculos muy reducidos del poder, particularmente con sus allegados, la comunidad de inteligencia y la burocracia diplomática, usando a los oligarcas y a los militares, según corresponda en determinadas ocasiones.

Segundo, lamenta el enorme costo que se pagó en términos de alejamiento de Europa, cuando se decidió intervenir tanto en

Georgia como en Ucrania. Al mismo tiempo, aunque acuerda con la necesidad de diversificar relaciones, sobre la base de cierto pragmatismo, también advierte sobre la posibilidad de que Rusia se convierta en un indeseable “furgón de cola” de la “locomotora china”. El riesgo de ello de la política putinista, es incluso perder la esfera de influencia histórica rusa, es decir, ya no sólo Ucrania, sino también Bielorrusia, que ahora empieza a sopesar el costo de su cercanía casi asfixiante de Rusia.

En otras palabras, Trenin sugiere repensar la política exterior rusa para que deje de ser confrontativa y alienada con “Occidente”, estrecha con China, para beneficio de ella y ambivalente, entre la de una potencia hostil o un socio confiable para los Estados postsoviéticos (Trenin, 2019).

La tercera perspectiva la ofrece el eurasianismo. Aleksandr Dugin, cuando estuvo en La Plata en abril pasado, nos dejó interesantes observaciones sobre qué debe y cómo hacerlo Rusia en esta hora tan singular del mundo³.

Para Dugin, Vladimir Putin es un gobernante enérgico, quien comprende no sólo la realidad geopolítica, sino que los valores liberales occidentales son incompatibles con Rusia; por ello,

³ A partir de Pedro El Grande, Dugin afirma que los nobles actuaron de la misma manera que los “colonizadores” europeos en América, Asia o África, y los campesinos fueron tratados de la misma manera, sumergidos en un régimen de esclavitud, institución propia del capitalismo en sus inicios. Incluso considera que la idea de totalitarismo, surge en Occidente. La Rusia posterior a Pedro El Grande estaba compuesta por una elite, estrechamente ligada a intereses foráneos y una masa de población sometida. Esta situación intentó revertirse en el siglo XIX. El comunismo, fue un intento de restablecer esa idea de “colectividad” que existió en algún momento de la historia rusa, pero modificada e incluso desnaturalizada, por las características ateas del comunismo. La caída de la Unión Soviética, abrió paso al ingreso del “liberalismo” y “modernización”, ideas que considera abiertamente negativas, que por su origen, chocan con las bases culturales e históricas de Rusia. El régimen de Boris Yeltsin, llevó al país a vivir una profunda crisis, casi caótica. La guerra de Chechenia fue un síntoma más del poder destructivo del “neoliberalismo” que condujo a Rusia al borde de la disgregación.

establece una política de “regeneración” nacional, donde Rusia vuelve a sus valores, destacándose el auge de la Iglesia Ortodoxa, luego de décadas de persecución bajo el comunismo.

Esa Iglesia Ortodoxa, sin ninguna duda, ha sido un factor de cohesión nacional, de transmisión de valores, adquiriendo un rol político cada vez más creciente, que trasciende las fronteras nacionales. La reivindicación de una idea de una “Rusia ortodoxa” sirve para reafirmar una identidad claramente diferenciada de Occidente y de la avalancha de la globalización.

Ese reencuentro de los rusos con sus raíces más profundas, encarnadas muchas veces en el discurso político del Presidente Putin, ha sido garantía de estabilidad y unidad nacional. Este retorno, no solo se traduce en lo cultural, sino que tiene impacto en lo político, como en el caso de la anexión de Crimea y el conflicto con Ucrania.

Es por ello que Rusia rechaza la globalización propugnada por diversos pensadores occidentales, donde Dugin critica abiertamente a Francis Fukuyama, con el llamado “fin de la historia”, dado que Rusia es un ejemplo de reafirmación de su identidad nacional: para Dugin, por sus características, trayectoria histórica, la religión, Rusia no es un país, sino una civilización. El avance de la globalización es entendido como herramienta de dominación, por ello citó ejemplos históricos como el caso del colonialismo europeo.

Dugin reconoce que uno de los factores que ha permitido a Rusia tener voz en el orden global, ha sido contar con poder nuclear y el mantenimiento de una disuasión creíble, acompañado de una hábil

política exterior, donde Moscú sostiene la idea de multilateralismo. Este concepto, siempre que no exista un poder hegemónico y se respeten las individualidades, ha sido tomado de manera positiva por países del Medio Oriente, destacándose Irán y China.

Vladimir Putin es mostrado como una suerte de “fuente de inspiración” por su política exterior y la defensa de la idea del multilateralismo. China siguió los pasos de Rusia, bajo su peculiar modelo liderado por el Partido Comunista chino, al que define no como marxista, sino como maoísta-confuciano. India es exhibida como ejemplo en el marco de la adhesión al multilateralismo, dadas su cultura e historia, que la lleva a rechazar la globalización planteada desde determinados centros hegemónicos de poder, en manos de las potencias anglosajonas, especialmente Estados Unidos.

En Europa Occidental, Dugin ve como algo positivo, el avance de los llamados populismos tanto de izquierda como de derecha, que rechazan la globalización, citando los ejemplos de Italia y Alemania. En el segundo caso, resaltó el avance de la Alternativa por Alemania o AfD – considerado por muchos como de extrema derecha y xenófobo – como respuesta a ese avance globalizador, que no es más que una herramienta de control del mundo anglosajón. Considera a Alemania como un país “ocupado” y que no es realmente independiente, mientras el neoliberalismo siga presente y controle los resortes de poder.

Por el contrario, Dugin hizo una defensa de un acercamiento entre Alemania y Rusia, en el marco del concepto geopolítico que conocemos como “Isla del Mundo” continentalista, en

contraposición de las “talasocracias” sajonas. Es verdad que muchos políticos europeos se plantean la necesidad de acercarse a Rusia, como ejemplo de puesta en valor de su identidad nacional y de rechazo al “cosmopolitismo” del mundo neoliberal⁴.

En suma, estas tres miradas de Rusia nos servirán para en un futuro mediano, podamos ir configurando hacia pueden ir proyectándose los diferentes vectores de la política exterior del Kremlin, en un contexto, donde incluso el gobierno de Putin tendrá su propia transición, hacia el año 2024. En ningún caso, pareciera que la Rusia del futuro cambie sustancialmente respecto a la que empezó su derrotero con Putin en el nuevo milenio.

FUENTES DE CONSULTA:

BREMMER, Ian, *“Us vs. Them: the failure of globalism”*, New York: Portfolio, 2018.

BRZEZINSKI, Zbigniew, *“The Cold War and its Aftermath”*, in Foreign Affairs, Council on Foreign Relations, Fall 1992.

DUGIN, Aleksandr, charla en la UNLP, Sede Ayacucho, Buenos Aires, abril de 2019 (mimeo).

IKENBERRY, Gilford John (ed.), *“Power, order, and change in world politics”*, Cambridge University Press, 2014.

ITZKOWITZ SHIFRINSON, Joshua R., *“How the West Broke Its Promise to Moscow”*, in Foreign Affairs, October 29, 2014.

STUENKEL, Oliver, *“Post-Western world: how emerging powers are remaking global order”*, Cambridge: Polity Press, 2016.

TSYGANKOV, Andrei, *“From Global Order to Global Transition: Russia and the Future of International Relations”*, in Russia in Global Affairs, Volume 17, Number 1, Russian International Affairs Council, January-March 2019.

TRENIN, Dmitri, *“It’s Time to Rethink Russia’s Foreign Policy Strategy”*, Carnegie Moscow Center, April 25, 2019.

⁴ También, aunque no se diga abiertamente, la nueva Rusia que reivindica sus raíces cristianas, ha sido una suerte de freno y sustento ideológico contra nuevas corrientes de pensamiento que van desde la cuestión de género, visiones críticas sobre la familia tradicional, pasando por el islamismo radical, con un discurso muy agresivo hacia lo cristiano -recordemos las matanzas de cristianos en atentados terroristas y por parte de las huestes del ISIS en Siria e Irak- (Dugin, 2019).